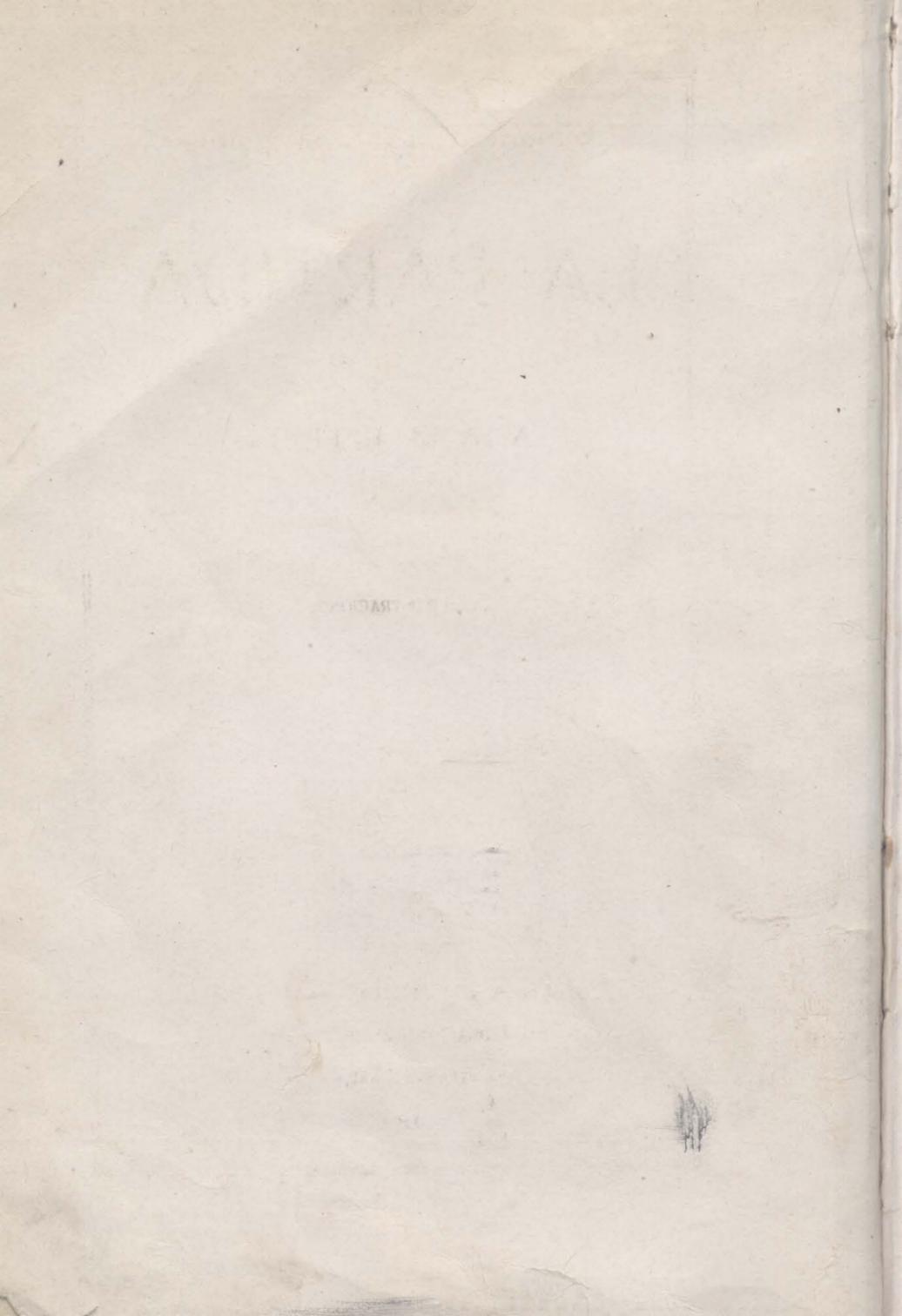


# Biblioteca Infantil Argentina



## LA PARTIDA

Ada M. Elflein



020  
Biblioteca Infantil Argentina

# LA PARTIDA

POR

ADA M. ELFLEIN

20.189.

CON ILUSTRACIONES



**BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS**

EMPRESA EDITORIAL «UNIVERSO»

CASILLA CORREO N.º 1687

BUENOS AIRES

1918



Propiedad registrada  
de acuerdo con la ley  
N.º 7092.

**(Prohibida su reproducción)**



**G**RAN alarma reinaba en cierto pueblecillo catamarqueño a principios de noviembre de 1841. El duro coronel Mariano Maza, destacado desde Tucumán por el general Oribe, había vencido a las milicias bisoñas que le opusiera el gobernador unitario Cubas para defender la capital de la provincia. Tres de los ministros, tomados prisioneros, fueron ejecutados el mismo día de la batalla y sus cabezas clavadas en picas en medio de la plaza. Idéntica suerte cupo a unos veinte jefes y oficiales de las fuerzas unitarias; las tropas, amenazadas de ser pasadas por las armas si no se rendían, se dispersaron o fueron incorporadas a las filas federales; y seis días después, el gobernador Cubas cayó prisionero y su cabeza fué a coronar la cuarta pica en la plaza. Aquello fué lo que se llamaba entonces, con salvaje humorismo, una sinfonía a violín y violón. El coronel Maza se vanagloriaba abiertamente del número de su víctimas y prego-

naba la necesidad de «despachar» a todos los prisioneros de guerra.

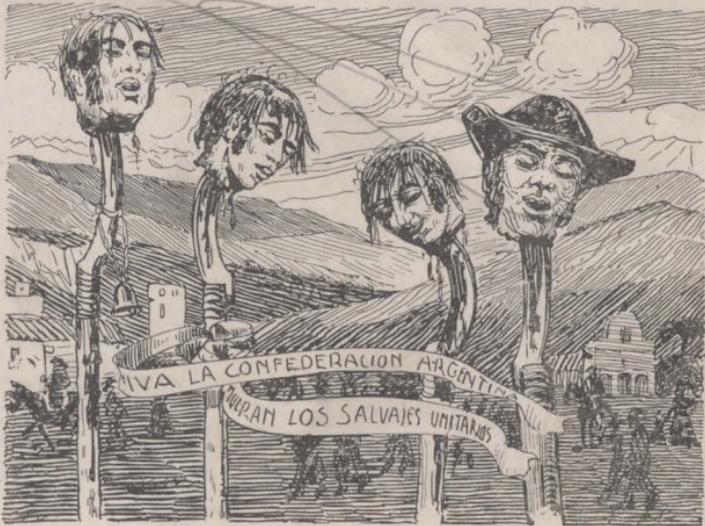
Varios de los unitarios más comprometidos de Catamarca se habían refugiado en el pueblecito serrano que nos ocupa, situado al Oeste de la capital de la provincia. Uno de ellos, don Feliciano Díaz, herido de alguna gravedad, se hallaba oculto en casa del cura y los demás en la del alcalde, también complicado en la causa unitaria.

El cura no estaba afiliado a ningún partido, y había recogido a Díaz por caridad, exponiéndose a todas las graves consecuencias que podría acarrearle su acción de parte del despiadado vencedor.

Al igual de todos sus colegas en regiones apartadas y solitarias, tenía algunos conocimientos de medicina y cirugía. Estaba atendiendo al herido, cuando sintió pasos precipitados fuera, y en seguida entraron atropelladamente el alcalde con los dos hermanos Márquez y don Antonio Ponce, los proscritos compañeros de Díaz.

—¡Señor cura! ¡Señor cura! ¡Que vienen, que vienen!

—¿Quién viene?—preguntó el cura, dete-



....y sus cabezas clavadas en picas en medio de la plaza.

niéndose en su tarea, mientras el herido se erguía con ojos brillantes de fiebre y de terror.

—Una partida de federales; uno de los vigías acaba de llegar a la carrera para avisar. Dice que nunca ha visto semejantes foragidos, sobre todo el teniente que los manda,—refirió fuera de aliento el alcalde, que había perdido por completo la cabeza.—¿Qué hacemos, señor cura, qué hacemos?

—Pues huir inmediatamente—respondió éste.—Voy a proporcionarles un baquiano fiel que los llevará a Chile por caminos que muy pocos conocen.

—Pero, ¿y Díaz? No podemos abandonar a Díaz—exclamaron los otros. Y el herido se llevó las manos a la cabeza con un gesto mudo de horror, ante la posibilidad de caer en manos de Maza.

—Déjenmelo al señor Díaz,—respondió el cura.—Yo cuidaré de él.

—¿Pero, cómo?... ¿Cómo?

—No se preocupen, no pierdan tiempo. Prepárense, que yo mandaré llamar al baquiano y aparejar mulas.

Acomodó provisionalmente a su paciente y despachó a un indiecillo que le servía en busca del baquiano y de un arriero, con cuya lealtad absoluta podía contar.

Poco después, se pusieron en marcha los prófugos, montados en excelentes mulas, provistos de abundantes víveres y conducidos por un conocedor infalible de la serranía. Antes de partir, abrazaron efusivamente al sacerdote, agradeciéronle su ayuda y rogáronle velara por su compañero.

El cura del pueblecito catamarqueño no era una lumbrera del catolicismo. Su ignorancia acerca de los grandes doctores de la iglesia era escandalosa, y su latín un desas-

vamos a esconder a nadie aquí?—alegó el cura, frotándose las manos en actitud humilde.—Aparte de que somos todos buenos federales, demasiado ocupados estamos para entretenernos protegiendo enemigos.

—¿Ocupados?—El teniente se rió, sin reparar en el tono especial que el cura había dado a la palabra.—Todavía no he visto a nadie matarse trabajando en estas condenadas covachas de indios. Lléveme por la casa, para registrarla, y mucho cuidado, padre, ¿eh? o sino...—y el teniente enseñó su pesado sable.

El cura alzó ambas manos en señal de completa conformidad y sumisión.

—Venga, señor, venga. Le voy a enseñar toda la casa, sin que quede rincón por registrar. Únicamente le pido no moleste a un pobre enfermo que tengo ahí.

—¿Un enfermo? ¡Ah! ¡Conque un enfermo! Vamos a verlo—exclamó Breña con sorna.—Vaya delante, señor cura, tengo curiosidad por ver a ese enfermo.

El cura echó a andar hacia el interior de la casa. Al cruzar el patio, saliéronle al paso dos o tres mujeres y otros tantos hombres, todos con semblantes afligidos; una de las

mujeres se secaba los ojos con una punta de su manto.

—¿Qué hay? ¿Qué sucede?—interrogó el cura, deteniéndose.

—¡Ay, padre!—sollozó la mujer,—ya se acabó el pobrecito. Le hice todos los remedios que usted me mandó, pero fué inútil.

El cura sacudió la cabeza contristado.

—¡Pobrecito! Dios le tenga en su gloria. Le incluiré en la misa que voy a decir mañana por las almas de los que han fallecido en el pueblo. ¿Y ustedes, qué buscan?—se dirigió a los otros que esperaban.

—Padre, que se enfermó mi hermana... Padre, si quiere hacer el favor de ir, porque el enfermo sigue peor... Padre, el otro chico cayó también...—oyó el teniente, que escuchaba impaciente y a la vez absorto. El cura prometió acudir en seguida a las casas de donde le llamaban; dió algunas instrucciones a aquellos que las pedían y despachó a todos, para reunirse con el militar, formulando muchas excusas.

—Usted disculpe, señor teniente. En estos lugares apartados, el cura tiene que hacer de médico y de cuanto Dios crió, y esa pobre gente acude a mí por todo.



—¡Hum! Y dígame, padre: ¿siempre hay tanto enfermo en su pueblo?—preguntó el teniente extrañado.

—¡Oh, no, señor! Por temporadas, no más.

—¿Y qué enfermedades hay?

—De todo—respondió el cura evasivamente; agregando:—Por aquí, señor.

El militar le siguió con cierta desconfianza. Había algo extraño en todo lo que veía. Al mismo tiempo, notaba un fuerte olor a azufre, vinagre y ciertas hierbas hervidas o quemadas, de las que la medicina casera aconsejaba como desinfectantes: el mismo olor que notara al llegar, en las calles del pueblo.

—¿A qué huele esto?—observó, olfateando.

—Estamos quemando unos yuyos, señor, para purificar el aire.

—¿Purificar el aire? ¿Por qué?

—Y... siempre es necesario, de cuando en cuando...

El teniente no respondió. Esta vez no se le había escapado el tono evasivo de la respuesta. Comenzó a sentirse inquieto. El olor a sahumero iba haciéndose más pronunciado, a medida que avanzaban por la larga casa. ¿Para qué tanto humo purificador? ¿Y qué significaban todos esos enfermos? ¿Qué tendría ese que él iba a ver ahora? ¡Caramba!...

Breña iba a interpelar otra vez al cura, cuando éste se detuvo frente a una puerta.

—Aquí es, señor. Vuelvo a rogarle que no moleste al pobre, porque está muy grave.

Abrió, y una verdadera nube de humo cargado de toda clase de olores, salió, como una niebla, del interior de la pieza. En el fondo, junto a la pared, había una cama, y en ella un cuerpo humano arropado hasta los ojos.

—¡Qué demonios!—rezongó el teniente, semiasfixiado.—¿Qué hay aquí, padre? ¿Qué tiene ese hombre?

—Bueno, señor, si no se asusta,—respondió el padre, vacilando,—le diré que tiene viruela.

—¡Viruela!—saltó el teniente, echándose

para atrás.—¿Y todos esos que lo mandaban llamar?

—También, señor.

—¿De modo que todo el pueblo está apesadado?

—Sí, señor... Como aquí nadie se vacuna, una vez que entra la epidemia, se extiende como un incendio... Ya han muerto seis, y hay como veinte enfermos...—explicó el cura plácidamente.

—¡Ah, pero esto es... esto no tiene nombre! —gritó el teniente fuera de sí.—¿Por qué no me avisó en seguida, so bárbaro?

—¡Para no asustarle... para no asustarle, señor!—se excusó el sacerdote, inclinándose con humildad.—Como yo soy el que los cuido a todos y estoy en continuo contacto con ellos, usted podría haber...

El teniente ya no oía. Profiriendo verdaderas andanadas de palabrotas y juramentos, y encomendando al cura a todos los diablos del infierno, se precipitó afuera y dió voces a sus hombres de que volviesen a ensillar.

Momentos después, la partida se lanzaba a escape por la calle polvorienta, abandonando el pueblo. Desde la pirca de su corral, el cura

los miró pasar, cabeceando con satisfacción, y tras de puertas entornadas atisbaban caras morenas con ojos negros, cuya impasibilidad indígena alteraba levemente un brillo malicioso.

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

FIN





# **BIBLIOTECA INFANTIL ARGENTINA**

---

## **VOLÚMENES PUBLICADOS**

**Un deseo cumplido**

**El vendedor de leña**

**A mano**

**La visita del Presidente**

**El Ñato**

**La Partida**

**Cacho**

**El hijo de la esclava**